



La elección de un género. Presentación de *El diario íntimo en Chile*, de Leonidas Morales. Santiago de Chile: RIL Editores, 2014

Por Lorena Amaro

Pontificia Universidad Católica de Chile
lamaro@uc.cl

No es raro que Borges, quien no fue diarista (así como no fue tampoco novelista ni científico, pero da argumentos para abordar todo tipo de ficciones, novelescas y científicas), provea de un comienzo para esta presentación del libro de Leonidas Morales, *El diario íntimo en Chile*, publicado recientemente por RIL Editores y la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Encuentro ese comienzo en *El aleph* y su famoso párrafo inicial que da cuenta del vértigo del tiempo: "La candente mañana de febrero en que Beatriz Viterbo murió, después de una imperiosa agonía que no se rebajó un solo instante ni al sentimentalismo ni al miedo, noté que las carteleras de fierro de la Plaza Constitución habían renovado no sé qué aviso de cigarrillos rubios; el hecho me dolió, pues comprendí que el incesante y vasto universo ya se apartaba de ella y que ese cambio era el primero de una serie infinita". Borges, el del cuento, pretende no cambiar, no dejar de ser el mismo a pesar de que el mundo siga sus transformaciones, indiferentes a la ausencia de la mujer amada. En ese sentido, *El aleph* tiene algo de diario, un diario de agonía, un diario que aborda la lenta dilución de la persona de Beatriz, inevitable como la descomposición de su cadáver. El suizo Henri-Frédéric Amiel, diarista por excelencia, glosaba de manera similar ese paso tiránico del tiempo, reconociendo de antemano la derrota. Lo cito: "Todo se desvanece a nuestro alrededor; caras, parientes, conciudadanos, las generaciones discurren en silencio; todo cae y se va, el mundo se nos escapa, las ilusiones se disipan, asistimos al fin y a la pérdida de todas las cosas, y, por si no fuera esto bastante, nos perdemos a nosotros mismos". Amiel apunta al gran asunto del diario: ¿qué otra cosa es su escritura, sino una forma de tomar resguardos contra el tiempo devorador? ¿Qué, sino un procedimiento que busca fijar el presente con detallismo de entomólogo? Efectivamente podría decirse que escribir un diario tiene algo del gesto de pinchar ese presente en formol, como se pincha, con afán fetichista, un insecto raro.

Julio Ramón Ribeyro, uno de los más grandes diaristas latinoamericanos, si no el más grande, escribió un diario que lleva el significativo título *La tentación del fracaso*. Y es que ese pareciera ser el destino de todo diario: fracasar. Él mismo plantea en uno de sus ensayos que los diarios son una especie de obras inconclusas: "ni las más bellas páginas han podido alterar el curso de los acontecimientos", escribe. "Cada autor estuvo diariamente enfrentado al misterio de su duración y (...) a la postre todos ellos han

sido devorados por el tiempo, ese tiempo tan caro y tan temido, que ellos se esforzaron tanto en retener. De allí el sentimiento de inseguridad, de incertidumbre y de desamparo que palpita en todo auténtico diario íntimo” (Ribeyro, *La caza sutil*, 29).

Sin embargo, a pesar del tiempo que arrasa, el diario da testimonio de la persona que dejó aquellos fragmentos, y lo hace, tomo aquí a Ricardo Piglia, como “una máquina de dejar huellas”, la que se opone a la memoria siempre olvidadiza. Dejar huellas, dejar fragmentos que asoman como icebergs en el enorme mar de la desmemoria, es lo que se encuentra en el horizonte de todo diario. Atraído por esas marcas, por esas huellas, Leonidas Morales viene trabajando desde los años 80 en este género, mucho antes que todos los investigadores chilenos que se han interesado en los últimos años en los géneros referenciales y las escrituras del yo; como crítico, él cumple de algún modo el destino del diarista: siempre otro, también siempre el mismo, con la coherencia de una voz que despliega su mirada a lo largo de varios lustros. El libro que hoy presentamos, *El diario íntimo en Chile*, es el resultado, calculo, de unos veinticinco años de trabajo, años de lecturas y anotaciones en que Leonidas Morales se ha revelado a sí mismo tan fetichista y coleccionista como aquellos escritores de diarios por los que se ha sentido fascinado. Tres anotaciones tuyas me hacen pensar que se siente profundamente interpelado por estos diaristas. La primera, a propósito de Oyarzún, plantea la idea de que es el género diarístico el que elige a sus autores y no viceversa. “Yo no elijo, soy elegido”, escribe el filósofo Oyarzún a propósito de su vida afectiva y Morales se pregunta si con esa frase no estará diciendo también algo acerca de su fidelidad al diario. Cito: “Si se tiene en cuenta la función determinante de su *Diario* como cantera de la mayor parte de su producción y modelo originario del procedimiento constructivo al que ella responde, y, por otra parte, las incontrolables tendencias de la personalidad del autor, solidarias con la idiosincrasia del diario íntimo, habría que concluir en que la obstinada adhesión al género está lejos de corresponder a una verdadera elección. Lo cierto sería lo contrario: que el género eligió a él” (141). Algo similar observa en el diario de José Donoso: “Por eso decía Donoso: yo no elijo mis temas, los temas me eligen a mí” (Pilar Donoso, cit. por Morales, 185). E insiste en esta idea cuando aborda el ensayo sobre Ágata Gligo: “A pesar de haber estudiado leyes y titulado de abogado, para Gligo será la literatura, la capacidad de su escritura para crear mundos, el medio, no que elige, sino que se le impone para conquistar ese territorio y sanar la herida. Como en Donoso y antes en Oyarzún, la misma frase: yo no elijo, soy elegido” (207).

¿Fue *elegido* Leonidas Morales por estos géneros, cuando en los años 80 se hacía urgente la necesidad de hablar del testimonio y los vaivenes de la experiencia bajo la dictadura? En uno de sus ensayos más bellos –y creo justo hablar de belleza en este caso– el profesor Morales asumía el análisis de las cartas de petición, como una forma de recoger las luchas colectivas, comunes, que se libraron en esos años. Recuerdo cómo me impresionó, hace ya muchos años, la escritura de ese ensayo, en que nos encontramos con el destino que se impone al crítico. Sin duda, ha sido la consideración de la literatura como una forma de figuración política y

como espacio de despliegue de la subjetividad, también como una herramienta de crítica ante el poder, una de las aristas más afiladas del trabajo de Leonidas Morales. Da la impresión, al leer el recorrido cronológico que realiza en este libro, desde los diarios de Lily Íñiguez, Teresa Wilms Montt y Alone –quien fue a su vez un crítico orientado hacia las formas subjetivas de la escritura–, para luego abordar los diarios de intelectuales de mitad del siglo, como Mario Góngora y Luis Oyarzún, y luego otros de factura más reciente, como el de José Donoso y los diarios de muerte de Ágata Gligo y Gonzalo Millán, que un tema fue llevando al otro, que una lectura sucedió a la otra en orden impecable, inevitablemente, hasta conformar un sentido, un trayecto; esto hace posible que Leonidas Morales esboce un relato desde los orígenes del género –que, siguiendo a algunos críticos franceses, fija en el protestantismo y sus exámenes de conciencia– hasta sus diversos decursos, prácticamente todos abordados en este libro de ensayos: diario íntimo, diario de cuentas, diario de obra, diario de viaje, diario de muerte.

En este sentido, me parece muy relevante que el autor se ocupe de la economía del diario, observando su relación con los libros de contabilidad, relación que en el análisis del diario de Góngora se torna incluso material: según revela el acucioso trabajo de crítico y editor que ha realizado el profesor Morales con esos diarios, en su juventud, al futuro historiador le gustaba anotar los vaivenes de su experiencia precisamente en esos libracos de deberes y haberes. Lo que Piglia lee como una máquina, Morales lo traduce como una operación de contabilidad: “El diario íntimo tomará nota de lo que cada día deje como ‘saldo’; éxitos, fracasos, experiencias y pensamiento” (13). A Morales le interesa aquí una forma particular de construcción de la subjetividad. Revela, de hecho, una dimensión que también aborda Michel Foucault en los comienzos de la biopolítica, cuando se refiere a lo que los griegos llamaban *hyupomnémata*, escritos que surgían en relación con las prácticas ascéticas de la antigüedad clásica y el primer cristianismo, para las cuales ninguna habilidad profesional se aprendía sin experiencia. De ahí que el *arte de vivir*, la *technê tou biou*, no se pudiera adquirir sin una *áskesis*, sin un entrenamiento de sí mismo, por sí mismo. Estos libros a los que alude Foucault se nutrían a lo largo del tiempo, con elementos heterogéneos, citas y tesoros de lectura que podían contribuir a la sujeción, o más bien, al sostenimiento de la unidad por medio de lo diverso. La elección de lo ya dicho por otros era también una forma de crear identidad.

Si me he referido a esta dimensión de la escritura diarística, a los posibles impactos de esa *áskesis* antigua en el disciplinado respeto del diarista por la consignación de la cotidianidad –el profesor Morales insiste bastante en la cláusula que Blanchot considera ineludible de estas escrituras: el calendario y su anotación cotidiana– es porque de algún modo pienso que también tiene eco en el trabajo del crítico. Pienso ineludiblemente en la *áskesis* del crítico. Esa otra forma de consignar el presente que no será borrado por el tiempo ni la desmemoria, ese modo de anotación rigurosa y de fetichismo coleccionista que convierte aquí, por ejemplo, un género y sus diversas modulaciones en el trabajo de una vida. Es desde ahí, desde ese haz de obsesiones, que Leonidas Morales ha ido construyendo su aportadora visión

de los géneros referenciales y sobre todo, del diario íntimo. Con este libro quiere de algún modo redondear las lecturas de todos estos años, darles un relato y un sentido. Pero pervive en ellas algo que es también propio de la escritura diarística. En tanto para el propio Morales el secreto es y seguirá siendo un rasgo importante del diario –me llama la atención que en portada escoja la imagen de un diario de pesada cerradura, como los de antaño– y para Ribeyro, como para otros antes, lo sean los requisitos de la periodicidad y la veracidad, me quedo con una característica, también señalada por Ribeyro y abordada particularmente por el español José Muñoz Millanes: su fragmentariedad, que podemos sin duda vincular con la escritura de Morales.

La inevitable fragmentariedad del diario entristecía a Kafka, quien escribía, en 1912: “Ni siquiera tengo ganas de llevar un diario, probablemente porque ya faltan en él demasiadas cosas, tal vez porque solo tuve que describir una y otra vez unas acciones efectuadas a medias, necesariamente a medias”. Como el destino de estas creaciones, las lecturas que aquí nos propone Leonidas Morales no tienen un afán totalizador, si bien algo de eso se pudiera entrever en el título. Efectivamente, aborda toda la producción diarística conocida en Chile. Pero ella es exigua y, por añadidura, hay algunos de estos diarios que permanecen, por decirlo de algún modo, cautivos por las familias: buena parte del diario de Alone, que no fue publicado en su totalidad en el 2001, o el enorme legado de José Donoso, del que hemos podido saber un poco, como resalta Leonidas Morales, básicamente con las lecturas de otros: como los textos publicados en el diario *ABC* y rescatados por la académica Patricia Rubio, las entradas que reproduce Pilar, la hija, en *Correr un tupido velo* (2011) y los reportajes publicados por Marcelo Soto en *La Tercera*. No existe, sin embargo, una edición que podamos consultar, ya que los manuscritos se encuentran en la biblioteca de la universidad de Princeton¹. Leonidas Morales se interna, pues, por los desfiladeros de esos textos incompletos, buscando ver en ellos algunas matrices de lectura: en Lily Íñiguez, la coincidencia entre la salud del cuerpo individual y el cuerpo social, ambos amenazados en la percepción de su autora; en Teresa Wilms, el acto fallido de la rebeldía que culmina en el suicidio; en Alone, las notas de un lector que dan cuenta de, cito, “un sujeto biográfico y cultural que se nos aparece como un epígono de la ‘belle époque’, que la asume fuertemente tensionado desde el horizonte de su crisis” (60-61) y la necesaria estetización de la vida; la lectura y la crisis vocacional y valórica en el diario de Góngora; las relaciones entre la concepción de la “obra” y la concreción de la escritura diarística en el viajero y ecologista Luis Oyarzún; las relaciones entre la pose y la sinceridad codificada, “construida” en los diarios de Donoso, diarios en que la presencia del doble gravita en toda su paranoia; la imposibilidad del consuelo de la ficción en Gligo y la presencia material de “un cuerpo que muere” en Millán. Para estas lecturas no hay una teoría, sola, que los abarque, sino la mirada minuciosa que los interroga, los asedia, buscando la lectura crítica, una lectura que nunca deja de ser

1 A mediados del año en curso, 2016, Ediciones UDP publica la primera parte de los diarios de Donoso con el título *Diarios tempranos. Donoso in progress*. La edición ha sido preparada por Cecilia García Huidobro.

un jirón, y que a pesar de la construcción de un hilvanado relato, se ofrece siempre abierta para los intérpretes que vendrán.

“Cada día dejamos una parte de nosotros mismos en el camino”, escribió Amiel en 1840. Intuyo que parte de Leonidas Morales se ha quedado en la escritura de estos ensayos, que resisten la imposición de las normas del *paper*, para proponer tanteos y escaramuzas del pensamiento que pronto, quizás, ya no tengan lugar en el quehacer académico. Es en este sentido que leo este libro de Leonidas Morales no solo como una realización de la lectura obsesiva, sino también como una forma no menos insistente, y a su modo apasionada, de escritura y resistencia.

